

VARIA

Poemas

Álvaro GALMÉS DE FUENTES

1. PRÓLOGO EN DOS PARTES¹

PRIMERA PARTE

POEMA DEDICADO A RIBADESELLA

En memoria de mi madre, riosellana

Fue ella quien cantó mis versos
en todas mis palabras desde niño:
Quien está junto al mar
no echa de menos un río;
quien roza el arenal
tal vez olvida las cumbres.
Pero, confundido en el azar,
Monte de Somos
y Virgen de la Guía,
Calle Mayor
y Plaza Nueva,
Pagadín y mar,
Corquieu y Sella,
Montes de Santianes,
Atalaya y ría
La Cuétara, Linares
y la playa de Vega,
Monte del Sueve
y valle de Alea,
Cueva de la Zreïxal,
Junco y San Miguel,
San Esteban de Leces,
Aveu y Tereñes,
Calabrez y El Carmen,
Sebreño y La Moría,
no necesitan mis ojos para alumbrarse
(Ribadesella en nieblas)
ni sol ni luna,
ni luz ni estrellas.

Oviedo, 25 de mayo de 1986

¹ Publicado en *La Plaza Nueva* (Revista de Ribadesella - Asturias).

SEGUNDA PARTE

DECLARACIÓN

Ribadesella, voz sonora, que canta siempre nuestros versos desde que aprendimos a decir su nombre. En su ría confluyen por azar, sin que uno y otro se echen de menos, mar plomizo y río de esmeralda.

Como todas las regiones naturales de Asturias, su concejo es configuración plural, formado por pequeños valles, de blando suelo, liento y verde. Ahí está el valle de *Alea* (el de la aldea por antonomasia), el de *Vega*, el de *Bones* (o el de las buenas tierras, delimitadas por el declive de *Pando*, que no significa otra cosa), el de *Aveu* (que en su nombre encierra etimología ignota), el de *San Pedro* (o el del *salto petreo*, que eso quiere decir el falso hagiotopónimo); el del *Carmen*, *el de Calabrez* (otrora *Carabrez*, dormido entre peñascos, pues no otra cosa da a entender la raíz prerrománica *car-*), el de *Junto* y *San Miguel*, el de *Santianes*, el de *Triongo* distante pero riosellano (con sus tres arroyuelos que van a dar al Sella, pues eso declara su híbrido nombre, con prefijo latino *tri-* y el vocablo prerrománico *onnicco* > *ongo*, que quiere decir ‘fuente’ o ‘arroyo’, como la *Cueva de Onga*, de las viejas crónicas, tan nuestra, que no es sino la ‘cueva de la fuente’, como su realidad india), el de *Cuerres* (de vieja resonancia prerrománica, como la voz común *cuerria*, de nuestro asturiano), y tantos otros valles que podemos nombrar según preferencias personales.

Cada pequeño valle está rodeado de montañas o colinas, apretadas unas contra otras, que lo cierran a los cuatro vientos: La peña del *Pagadín*, con sus *Campones* (en sus orígenes, sin duda *Paladín*, en relación con la raíz prerrománica *pal-*, que significa ‘ladera lisa y casi vertical’ o ‘pradera inclinada y escarpada’; *El Corquieu*, en otro tiempo poblado de *robles de corquiu* (o de corcho), como en nuestra tierra se llama al *quercus ilex* científico; *Las Brañas* o pastos de verano (< *veranea*), que se alzan sobre *La Cuétara*, o conjunto de cuetos, con prefijo átono prerrománico, de valor colectivo; la *Peña del Águila*, del latín a q u i c u l a ‘aguja’, en realidad pequeña aguja rocosa, que no lugar de reposo del águila; los montes de *Santianes* y *El Mofrechu*, o *monte fracto*, con sus crestas recortadas; *El Bustarnal*, de ricos pastizales, como indica la palabra *busto* prerrománica; el pico de *Toraño*, en relación con la raíz prelatina *tur*; *tor*, que significa ‘montaña’; La *Sierra de Moro*, que nada tiene que ver con los sarracenos, que nunca habitaron en nuestras tierras, y sí con la vieja voz de un sustrato alpino-cántabro-pirenaico, y que vale tanto como ‘montón de piedras’, que tan bien se descubre en *La Moría*, de la misma raíz; o, adentrándose en el mar el monte de *La Guía* y *La Atalaya*, que conducen y vigilan las faenas marineras; y tantos otros, sin olvidar en sus extremos *El Mazuco* y *El Sueve*, que Dios ha enclavado en foráneos concejos, para que su vista pueda ser gozada por los riosellanos.

Y todo este mundo, compacto y tangible, está presidido por la villa, capital de concejo, con su puerto, que en otro tiempo le dio a Ribadesella el título de Comandancia de Marina de Asturias; con su primitivo puente de madera, que luego fue obra ejemplar de hierro, antes de ofrecer su actual estructura; con su playa, que pri-

mero fue arenal de soledades antes de convertirse, en su «belle époque», en el bullicio veraniego de sus *chalets* característicos; con su calle Mayor, de casas blasonadas, que pregonan viejos esplendores, pero que no se detienen en el pasado, emprendiendo a fines del siglo XIX su ensanche, en torno a la renovada y amplia casa, que luego fuera Hotel Universo, y alrededor de la Plaza Nueva, ganada a la ría y en donde antes varaban las barcas de los pescadores.

Pero nunca la villa, con su renovado quehacer, nunca ha absorbido a la aldea, que sólo hace acto de presencia en los mercados del miércoles ofreciendo sus frutos más recientes. Porque, hay comarcas, como señala Ortega y Gasset (*El Espectador*, III, Madrid, 1933, pp. 458-458), que despiden al hombre del campo y lo recluyen en la ciudad. Esto acontece en Castilla: se habita en la villa y se va al campo a trabajar bajo el sol, bajo el hielo, para arrancar a la gleba áspera un poco de pan. Hecha la dura faena, el hombre huye del campo y se recoge en la ciudad. De esta manera se engendran las soledades castellanas, donde el campo se ha quedado solo, sin una habitación o humano perfil durante leguas y leguas. En Asturias, opuestamente, el campo es el aposento, lugar doméstico de estancia y de placer. La tierra es un regazo, donde el hombre trabaja y descansa, sueña y canta.

¡La canción! Los valles asturianos se hallan siempre resonando canciones de mil años, que se escapan como pájaros por los claros de la fronda. En Castilla es el campo mudo.

Yo imagino, además, a los habitantes de nuestros valles compartiendo vivienda con los lares domésticos, la xana, el trasgo, el diañu burlón, y, sobre todo, reverenciando, en culto lautréutico, en el hórreo (pequeño templo casero, tosco y arcaico, de una religión muy vieja), a ese dios, que lo fuera todo, asegurando las cosechas.

Tal es, lector, el paisaje y el perfil humano, que vas a contemplar en estas viejas estampas riosellanas, a veces borrosas, pero que, como la niebla de nuestros valles, esfumada y húmeda, van sacando a la luz cuanto está oculto, y ocultando las cosas manifiestas, pues no necesitan nuestros ojos de otro brillo para contemplar el misterio de nuestro paisaje.

2. AL PINO DE LINARES

Yo supe en tu silencio
con claras palabras
vocalizadas por el viento
en tu ilimitada cresta,
removida, quehaceres quietos
de tu viejo mayorazgo,
del que un día
fuiste símbolo
mudo y vocinglero.
Yo supe en tu revuelo
de ramas infinitas,
que hurtaban vista al cielo
de todos los secretos
que escondía,
con sus tapias,
la celosa corralada,
los anchos muros,
las rejas de la casa,
que ya sólo he visto
en profanados abertales.
Tú fuiste,
como un viejo antepasado,
amigo silencioso,
testigo de recuerdos,
que a mí sólo,
con el canto de los búhos,
en tu altura inusitada,
me decías por las noches...
Ya no dices nada.
Has muerto, centenario,
destronado por el viento,
que en ti articulaba,
un murmullo,
las palabras.
Queda de ti
sólo el recuerdo
de un grueso tocón
y recios tablones,
que en su crujido, y por las noches,
del mudo oráculo
quisiera seguir
oyendo sus secretos.

3. AL VIEJO MANZANO DE LA POMARADA

Sabía demasiado:
Los cuchicheos de la casa
los susurros del alma
sabía demasiado.
Lo sabía todo,
pero no me decía nada.
A través de las hojas
irrupía el viento,
y el aliento del árbol
articulaba palabras sin sentido.
¿Por qué no me dices nada?
¿Por qué, si sabes tanto,
matan al oído
los sonidos secos de sus ramas?

4. LA HIEDRA

Está ahí;
estuvo siempre ahí;
tal vez estuvo ahí
desde el comienzo del tiempo,
como una eterna sibila
aferrada a los viejos muros,
que con la lluvia y el viento,
con el rumor verde de hojas,
en melodía que desafía a cualquier canto
canta su oráculo eterno,
que, yo adivino
entre la lluvia y el sueño,
coyunda perfecta,
de contertulios ante el fuego;
o tal vez disfrutando
del lujo inaudito
de poder olvidarnos,
sin preguntas ni respuestas,
gozando del silencio
en horas muertas,
antes de que crezcan
los árboles del invierno
y ahoguen en el jardín
espacio de primavera,
pues el silencio más profundo
es el mejor canto.

5. PALABRA EN SILENCIO

Ya aprendimos de breves espacios
que el momento se eterniza
blandamente,
en los cuerpos vivos, atentos,
llenos de esperanza, abiertos.
Ya aprendimos del tiempo,
que es urgente el camino
la verdad y el deseo.
Que hay luces que ciegan,
los ojos dormidos,
que hay rumores que quiebran,
por muy anchos, los silencios,
que la vida es un viento huracanado,
palabras sin palabras, ritmo,
espuma y sustento...
Y el recuerdo queda de aquel tiempo
tan vivido, tan inexplicable en la
rutina diaria, perdido
en un mundo de nuevos colores,
pleno, callado y tan lento.
Espacio, veremos,
que el momento necesita
ansiedad de futuros,
que la vida pasa,
y queda,
y vuelve a despertar.
Y espacio sentiremos
cómo la lluvia cae, cómo el grano abona,
cómo, espacio, el hoy
se convierte en mañana,
y el mañana en palabra,
y la palabra en silencio.
Espacio, pues, espacio,
en nuestros cuerpos, en los sueños
de aquel ayer, en este
presente tan claro y tan oscuro,
increíblemente cierto.

6. EL ORBAYO

Llueve,
llueve agua tibia, sin daño.
El día es gris, gris dulcemente.
Es suave ver llover a través del aire.

El orbayo acaricia lentamente,
acaricia con cuidado y parsimonia
el rostro descubierto en la pradera,
que absorbe risueño la humedad.

Lluvia suave sin ofensa,
lluvia de la nube incomprendida,
sólo alivio del que sabe
que detrás de ella hay un misterio.

Llueve.
Orbayo oculto en el arcano,
que solamente intuye
el que vive acostumbrado
al cálido temblor del agua.

Llueve, llueve, llueve.
Dulce temblor apagado,
de gotas casi invisibles,
que siempre son alegres
en los tristes días nublados.

7. SONETO

En días grises fácil es vagar,
ver el ocaso de piedras gastadas
y el agua murmurando en las fachadas
de llovizna cálida el cantar.

El río habla, sin idiomas, al mar
las voces de los valles susurradas,
arenas de la playa reposadas,
de la flora y de ojivas del pomar.

Bello fulgor del arrebol callado
teje silencios en sueños de lino,
en horizontes difusos, cansado.

Inmemorial roble, luz del camino,
en la esquina de su tiempo extenuado,
revela los secretos del destino.

8. CANCIÓN DE AMOR

El sol, al ponerse
en el ocaso de sus labios,
dejó la aurora en sus mejillas.
La estreché como estrecha
el avaro su tesoro,
y trajo aromas de su parte
la brisa fresca de sus ojos.

9. ALBADA

Entre las sábanas,
mi dulce amiga,
amor me consolaba
con olas de sus brazos,
que queman como llamas.
Pasé con ella la noche,
mientras la noche dormía
y el corazón velaba,
hasta que llegó el alba
con rosas mortecinas.
¡Alba maldita!

10. ATARDECER

Una nube, cargada de lluvia,
llora sobre el jardín,
mientras mustias
cabecean las flores,
buscando las ubres
de la lluvia fecunda.
La noche se viste de luna
con la luz de su lámpara,
esparciendo sus rayos de plata.

11. GLOSANDO A SAN JUAN DE LA CRUZ

Di lo que el fuego duda en decir,
lo que el río apenas murmura,
lo que las olas del mar ahogan
en el rigor de rompiente,
lo que el viento en calma susurra.
Pues la voz que se articula,
la palabra escrita en tinta
el fuego la quema,
el agua la borra,
el rumor silencia,
la olvida el viento.
Sólo el callado amor es cierto.

12. POEMA

Nadie ve un río
sólo un trozo muy pequeño
entre dos curvas.
El que mira a un hombre
sólo ve una parte
entre recodo y recodo.
Su realidad desaparece
tras el meandro humano.
Lo que se observa cada día
es sólo apariencia
entre curva y curva.
La vida, huésped del mundo,
es breve ramal de un río.